

Libre y salvaje

La gran aventura
de la vuelta al
mundo a pie

Ignacio
Dean



zenith

Ignacio Dean

Libre y salvaje

La gran aventura de la vuelta
al mundo a pie

zenith

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Primera edición: abril de 2017

© Ignacio Dean, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

Mapas del interior: © Carles Salom

ISBN: 978-84-08-17012-9

Depósito legal: B. 5876 - 2017

Fotocomposición: gama, sl.

Impresión y encuadernación: Limpergraf

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico..

Sumario

<i>Introducción</i>	13
-------------------------------	----

PARTE I.
EUROPA, «LA PIEDRA DE TOQUE»

1. Europa occidental	29
2. Los Balcanes	47

PARTE II.
ASIA, «EL DRAGÓN»

3. El cercano Oriente	71
4. Asia Central	107
5. El Sudeste Asiático	137

PARTE III.
OCEANÍA, «LIBRE Y SALVAJE»

6. Australia	163
------------------------	-----

PARTE IV.
AMÉRICA, «UN MUNDO MÁGICO»

7. América andina	209
8. Centroamérica	257
9. América del Norte	283

EPÍLOGO

10. La vuelta a casa	319
--------------------------------	-----

Capítulo 1

Europa occidental

España

Hasta la aventura más larga comienza con un primer paso.

Jueves, 21 de marzo de 2013, por fin llega tan esperado día. El sol brilla en la suavidad de un cielo azul y despejado. Subo desde el río Manzanares empujando mi carrito a través de la Plaza Mayor acompañado por Paz rumbo a la Puerta del Sol. Esta noche no he pegado ojo, pero la excitación del momento hace que no tenga sueño en absoluto. Estoy emocionado, pletórico, lleno de ilusión, sé que ningún otro día en mi vida volverá a repetirse una mañana tan especial. En el camino nos encontramos con algún conocido, medios de comunicación y unos estudiantes que me jalean y lanzan ánimos al enterarse del viaje en el que estoy a punto de embarcarme. Paramos un momento a hacernos fotos con una mujer que hay en la calle vestida de flamenca, como para relajar alguna tensión si es que la hubiera, jugando, poniéndole un toque de humor al momento. Doblamos la esquina con la calle Mayor y nos dirigimos al kilómetro 0, donde a las doce de la mañana tendrá oficialmente la salida.

Nunca pude imaginar que habría tanta gente. Contaba con que vendrían familiares y amigos íntimos; sin embargo, me encuentro con estudiantes de la universidad, la clase de un colegio con chicos de nueve años, gente que no conozco y que se ha acercado para despedirse de mí al escuchar en la radio alguna entrevista los días anteriores y, efectivamente, amigos y familiares,

más de los que cabría esperar; no puede haber mejor manera de comenzar el viaje, palabras de ánimo, abrazos y fotos, son, sin duda, un poderoso viento a favor. En estos momentos en los que das tus primeros pasos y te lanzas a lo desconocido se agradece el apoyo de aquellos que creen en ti y están contigo desde el principio. «¿Estás en forma, entonces?», me pregunta un caballero. «Bueno, vamos a verlo, lo importante es la cabeza más que el físico, pero si está bien, acompaña», le respondo, sabedor de que ésta es una gesta en la que lo que realmente importa es la fortaleza mental. Durante los últimos meses he intentado ganar algo de peso, sé que me esperan hambre y penurias por delante y trato de partir con unos kilos de más. Igualmente, salgo con mi ropa deportiva limpia, perfectamente aseado y afeitado, ya tendré tiempo de estar sucio y alejado de la higiene y las comodidades.

Esta imagen de chico joven choca con la del aventurero avezado y curtido en mil batallas que se espera de alguien que dice estar dispuesto a dar la vuelta al mundo caminando. Sólo yo sé en mi fuero más interno de lo que soy capaz, sólo yo conozco mi fortaleza y convicción, y esa imagen exterior atiende a una cuestión práctica: yo vengo a sorprender. Tras unos últimos abrazos, pasadas las doce del mediodía y todavía acompañado por un grupo de gente, doy mis primeros pasos y comienzo públicamente la aventura en la que estaré inmerso durante los próximos años y que he bautizado con el nombre de EarthWideWalk / Vuelta al Mundo a Pie. Dejo atrás la Puerta del Sol, a la que no volveré en mucho tiempo y, como una estela que se pierde en el mar, me alejo lentamente caminando entre el bullicio por la calle Alcalá...

La sociedad me lo da todo hecho, los límites dentro de los que he de moverme, pero yo necesito crear, experimentar, buscar, sentirme vivo y libre como un niño descubriendo el mundo, como un hombre enfrentándose a la vida, a los elementos, a los misterios del universo y del espíritu. Sentir la sangre corriendo por mis venas y el aire frío cortando mi cara como un lobo corriendo entre los árboles en un bosque nevado, piedras, troncos, raíces y hojas bajo mis pies,

terrenos irregulares, originales y creativos, y amplios horizontes a los que mirar buscando, preguntándome, sintiendo...

La primera jornada alcanzo la población de San Martín de la Vega, apenas treinta kilómetros al sur de Madrid, por una carretera comarcal acompañado por Bruno hasta casa de mis padres, de quienes me quiero despedir tranquilamente y donde paso la primera noche descansando del ajetreo de los días anteriores. Cuando vas caminando no avanzas mucho y el primer día no llegas muy lejos, apenas unos kilómetros más allá. El segundo día, avanzas un poco más, el tercero un poco más, y así te vas alejando poco a poco y paso a paso de tu hogar, tu familia, tu gente y del entorno en el que estás acostumbrado a desenvolverte. Recorro la ruta de las Vegas asimilando que ya estoy en el camino, como siendo consciente de que no se trata de un sueño, sino de la propia realidad, escuchando mis sensaciones, respirando el aire fresco y el olor a tierra húmeda, recibiendo las últimas visitas de amigos que se escapan a verme y pasando mis primeras noches en la tienda de campaña. Me llama la atención cómo a escasos cincuenta kilómetros de Madrid puede haber paisajes tan bonitos.

Escribo estas líneas desde mi tienda de campaña, a la luz del frontal, viendo cómo se desliza el bolígrafo por cada letra en el papel. Fuera sopla el viento, puedo oír el sonido de los árboles agitando sus ramas en la oscuridad de la noche y las gotas de lluvia repiqueteando contra la tienda. Hoy he estado todo el día caminando bajo la lluvia, solo, y he pensado en infinidad de cosas. Parece que hace tanto que salí y apenas han pasado cuatro días, aquí el tiempo tiene otra medida, y me doy cuenta de cuánto me queda aún por delante, cuántas cosas por vivir...

Una tarde, caminando junto al arcén de una pequeña carretera, para un coche a mi lado. Ya he dejado atrás la Comunidad de Madrid y camino por las tierras de Guadalajara. Es una familia que me reconoce, tal vez por el carrito, intercambiamos unas palabras y me invita a pasar la noche en su casa, en Mondéjar, unos kiló-

metros más adelante. Ofrecen llevarme, pero obviamente rehúso, les explico que no puedo subirme a ningún coche y que tengo que hacerlo todo absolutamente a pie, así que prosigo y nos encontramos al cabo de un rato a la entrada del pueblo. Se llaman Lucía y Antonio, y su hijo, Pablo; es mi primera familia en el viaje y una muestra de la amabilidad y la hospitalidad que posteriormente me irá brindando la gente del camino. Damos una vuelta por el pueblo, disfruto de un buen descanso y a la mañana siguiente prosigo mi viaje por la ruta que me aconsejan, diferente a la que yo había elegido en un principio. Trato de ir siempre por los caminos y las carreteras más bonitos y tranquilos que sea posible. Cuando no conoces la región vas improvisando el itinerario mediante mapas y tu propia intuición; sin embargo, la gente local es la que mejor conoce la zona, así que de vez en cuando me acerco a preguntar o me dejo aconsejar. Con la práctica aprendes a consultar por lo menos a dos personas diferentes para contrastar la información y no cometer ningún error; al viajar a pie, perderse o tener que desandar varios kilómetros puede suponer toda una mañana.

Es una primavera muy lluviosa, prácticamente todos los días llueve y por las noches me meto mojado en la tienda de campaña. Como apenas llevo dos mudas, por las mañanas tengo que ponerme otra vez la ropa mojada para salir a caminar y asegurarme así de tener siempre una muda seca para cambiarme al llegar la noche. Aprendes que la lluvia es sólo lluvia, únicamente moja y no impide caminar si te mantienes caliente, ojalá fuera ésta la mayor dificultad en la vida. Al final incluso disfruto caminando con mi hermana la lluvia, me hace sentir vivo. A lo largo de este viaje va a haber muchas dificultades, y el éxito radica en aprender a desenvolverse, descifrar las claves de cada ecosistema y jugar con ellas, saber disfrutar, poner tu mente en positivo y no pelearte con el mundo.

Acampo en el Parque Natural del Alto Tajo. «Espero que no haya lobos», pienso mientras escribo estas líneas metido en mi saco en la oscuridad de la noche fría. Comienzo a comprender que el viaje no será

fácil ni corto, a pesar de que me siento fuerte y motivado, desde el confort y la comodidad de la ciudad todo se ve distinto, pero aquí cada pequeño detalle cuenta. Llevo varios días caminando mojado, soy consciente de que esto no ha hecho más que empezar y una simple llovizna no me puede echar atrás. Pienso que la naturaleza celebra con alegría mi paso y por eso hace que llueva reverdeciendo los prados, purificando el aire y dándome la bienvenida con un canto de alegría.

Recorro la Alcarria de Guadalajara escuchando mis sensaciones, poniendo a tono mi cuerpo, resolviendo cuestiones técnicas como algún pinchazo, durmiendo en los campos... Al día siguiente me adentro en las tierras de Teruel, campos extensos de tierra rojiza, rectas kilométricas y almendros en flor. Voy atravesando bellos parajes, respirando el dulce aroma de la primavera, viejas ruinas y poblaciones cuya existencia desconocía, y la preciosa sierra de Albarracín, mis primeros contactos con la montaña en este viaje.

Ya hacía más de una hora que se había hecho de noche y me iba a meter en el saco para dormir cuando salgo de la tienda por última vez y, cuál es mi sorpresa, que al mirar hacia arriba veo el cielo repleto de estrellas, plagado de diminutos puntos resplandecientes que cubren la noche como hacía mucho que no la veía. Con el cielo limpio, la noche fría y yo durmiendo en un campo de almendros en el que esta noche sería mi hotel de un millón de estrellas. A la mañana siguiente abro la tienda al amanecer y descubro con placer el aire fresco, el canto de los pájaros y el olor de la hierba mojada dándome los buenos días, recordándome el milagro de estar vivo. Por el este, amanece el sol abriendo su ojo al mundo; arriba, en el cielo azul, la media luna de Calanda, y en la tierra, entre flores, el canto de los pájaros y los almendros, el caminante desayunando naranjas.

Voy haciendo etapas de cincuenta kilómetros, a veces incluso más, corriendo eufórico bajo la lluvia, pletórico como un alma libre, cuando un día bajando una cuesta me empieza a doler la rodilla derecha por la parte externa. Termino de bajar caminando

hacia atrás y me veo obligado a meterme cojeando por un camino de tierra y acampar en una explanada cuando llevo poco más de treinta kilómetros. No me lo puedo creer, acabo de empezar el viaje, no puede ser que me haya lesionado. Me doy cuenta de que las cosas siempre ocurren como menos las hemos pensado, que cualquier percance puede acabar con esta aventura y que es un viaje muy largo y he de aprender a progresar lenta y paulatinamente; la paciencia y la calma desempeñarán un papel fundamental. Decido descansar, comer bien, hidratarme, estirar y aplicarme Piroxicam en pomada. Tarragona dista poco más de cien kilómetros, así que trataré de llegar y, aprovechando que tengo allí amigos, hacer una parada para reponerme. Al día siguiente cruzo el río Algars, frontera natural entre Aragón y Cataluña, dejo atrás las tierras de Teruel y me veo obligado a detenerme de nuevo a los pocos kilómetros por el dolor de rodilla y acampar entre unas fincas cerca de Corbera d'Ebre.

* * *

Atravieso Falset, los bellos paisajes de Margalef, Siurana, el Montsant, con sus tremendos paredones de escalada, y el sábado 6 de abril diviso por fin el mar y alcanzo la costa del Mediterráneo a la altura de Tarragona. Paso cuatro días con amigos a los que hacía mucho que no veía, algunos de ellos embarcados en la aventura de tener hijos, disfrutando del reencuentro, recordando viejos tiempos y descansando del esfuerzo realizado los días anteriores. Aprovecho también para conocer familiares que no sabía que tenía en esta ciudad y con los que, a raíz de hacer público el viaje, me pongo en contacto. Resulta curioso cómo he vuelto a entablar conversación incluso con amigos de la infancia a los que creía desaparecidos y que, al enterarse del viaje en el que estoy inmerso, tienen el detalle de escribirme e interesarse por mi historia. Tras varios días en muy buena compañía y con algo de morriña, me despido de todos ellos y vuelvo de nuevo a la carretera sin echar la vista atrás en un gesto que se irá volviendo habitual a lo largo de mi viaje cuando, tras detenerme varios días en un lugar, encariñarme

de sus gentes y sentir el calor de un hogar, tenga que volver a marcharme continuando mi viaje rumbo a un nuevo horizonte.

Difícil fue llegar, pero difícil también fue marchar, abandonar los amigos, las raíces, el calor de un hogar, dejar atrás el camino a un lugar... Son tus huellas, caminante, difícil fue llegar en la tormenta, con el viento, bajo la lluvia, pero difícil fue también marchar, dejar una cama, un fuego, un amor. De vuelta a la carretera, tu camino continúa y debes partir, difícil fue llegar, pero más difícil aún fue marchar... Deja que ellos cuenten tu historia, tú naciste para caminar, caminar hacia el horizonte. Huyendo de la gran ciudad, solitario y salvaje, la vida es un canto, y tú, un símbolo de libertad. Auténtico y apasionado, deja que otros cuenten tu historia, haz aquello para lo que naciste, caminar hacia el horizonte, simplemente, caminar...

A partir de aquí voy subiendo junto al litoral, disfrutando del mar y del sol, sabedor de que no hay prisa y que no vuelvo a sentir ninguna molestia en la rodilla. Tengo familiares que viven en poblaciones a lo largo de la costa, a los que voy visitando hasta llegar a Barcelona. Tras pasar varios días en mitad de ninguna parte, en contacto con la naturaleza, el silencio y el aire puro, la entrada y salida de las ciudades se irá convirtiendo en un auténtico infierno de polígonos industriales, obras, rotondas, tráfico, circunvalaciones, semáforos, escalones, humo, ruido y contaminación muy difíciles de salvar a pie con el carrito, e irá en aumento conforme vaya avanzando hacia el este y dejando atrás Europa, así que, salvo que sea estrictamente necesario, trataré de evitarlas. En Barcelona me detengo durante tres días en casa de mis primos, me voy acercando poco a poco a Francia y parece que quisiera alargar estos días con mi gente, consciente de que el itinerario por España va tocando a su fin y que una vez que cruce la frontera el viaje cobrará un ritmo diferente, un tinte más solitario.

Abandono Barcelona y prosigo rumbo al norte. Voy aprovechando las playas para darme algún baño, asearme y lavar ropa en

las duchas mientras atravieso la preciosa Costa Brava por una estrecha carreterita llena de curvas que une calas y sortea acantilados bajo los que se extiende el inmenso mar. El 24 de abril, tras darme un baño en una calita solitaria al amanecer y recoger mi material, cruzo la frontera con Francia a través de Portbou. Un pequeño paso físico, apenas cruzar una simple línea imaginaria que, sin embargo, representa un importante paso mental. Tras poco más de un mes de caminata y varios cientos de kilómetros, me despido de España, el entorno cómodo y amable, mi casa, mi gente, la cultura, la gastronomía, el idioma y la tierra que me vieron nacer, viene a ser como dar un salto al espacio exterior del que no sé cuándo voy a regresar y adentrarme en territorios desconocidos y fascinantes. Podrá parecerle insignificante al lector, pues Francia es un país vecino, cercano, con el que compartimos una gran cantidad de similitudes y en el que ya había estado con anterioridad; sin embargo, el hecho de hacerlo solo y a pie hace que el viaje cobre una dimensión muy diferente. Cruzo mi primera frontera, pongo por primera vez el pie en un nuevo país y empiezo a comprender que esta aventura, como la vida misma, es un viaje sin billete de vuelta...

Mientras camino, voy mirando al horizonte y veo todos esos lugares en mi imaginación por los que voy a pasar en estos años, aunque soy consciente de que muchas situaciones no alcanzo ni a imaginarlas. Mientras camino, voy pensando en mi vida, encajando piezas, conociéndome mejor, reconciliando pasado, presente y futuro. Y me siento afortunado de estar donde estoy, de vivir y de ser quien soy. Mientras camino me acuerdo de mi gente, la cercana y querida, de la menos importante también. Familia, amigos, todos ellos partes de mí como un crisol multicolor, un caleidoscopio de bellos colores. Porque, mientras camino, pienso que este viaje no es un viaje al uso, sino que forma parte de la vida misma. Y ésa es la lección: la vida es un viaje sin billete de vuelta, un sueño que debemos apreciar disfrutando cada día al máximo, con sencillez y humildad, ofreciendo una sonrisa y dejándonos ayudar. Mientras camino voy mirando el paisaje, los árboles, los prados, la lluvia, los pájaros, el sol, el mar... y siento que la vida es un mi-

lagro, una fantasía hecha realidad. Mientras camino voy escuchando mi cuerpo y mi mente, mis pies, mis rodillas, mi espalda, y descubro la importancia de caminar con calma y tranquilidad para llegar lejos, porque vivir no es una carrera. Mientras camino voy cantando en voz alta por los caminos y carreteras, buscando ser un sonido bello de la naturaleza. Mientras camino voy pensando en el mundo, qué es lo que hacemos mal y qué podemos hacer para mejorarlo, dónde están las claves, descifrar el misterio y tratar de ser mejores. ¿Es ésta nuestra naturaleza o es cuestión de educación?, ¿hay alguna verdad?, y siempre llego al amor por respuesta. Mientras camino voy pensando si será éste mi sino, eterno caminante, o si encontraré un lugar donde crear un hogar. Vagabundo de las estrellas al calor de un sentimiento, la vida es un misterio, y al final todos vamos improvisando. Mientras camino, sobre todo en pleno esfuerzo, le doy importancia a unas cosas, y luego descansando se la vuelvo a quitar. Porque las cosas se ven muy diferentes en el sufrimiento que en la comodidad, en el camino solitario que en la ciudad. Mientras camino, voy pensando en cosas técnicas, los repuestos del material, entrevistas, conseguir agua y comida, el itinerario más cómodo y sencillo, o el más bonito, dónde acampar... Mientras camino voy mirando al suelo, esquivando cristalititos para no pinchar, haciendo fotos, saludando a los coches o sujetándome la gorra cuando pasa algún camión. Muchas veces, cuando camino, voy dando un paso tras otro, viviendo mi aventura, mi canto a la libertad, viendo la rueda de mi carrito girar, girar, girar... sin pensar en nada más.

Francia

Camino por una senda preciosa bordeando la costa y varias calitas. Alcanzo Cerbère y prosigo por la ruta del vino, viñas plantadas a orillas de la carretera y los prados, hasta Banyuls-sur-Mer, donde acampo discretamente entre unos pinos y paso mi primera noche fuera de España.

Francia es un país bastante caro, probablemente con lo que gasto aquí en una jornada pueda vivir una semana en la India; además, ya lo había visitado con anterioridad, así que decido re-

correrlo con rapidez haciendo largas etapas bordeando la costa del Mediterráneo y detenerme lo menos posible, poniendo rumbo a Italia y Europa del Este. Cuanto mayor tiempo pare en los lugares más dinero necesitaré, y el hecho de viajar con un presupuesto tan exiguo me obliga a tener que imprimirle un ritmo diario a la caminata. Atravieso zonas muy rurales, a veces despobladas y nada turísticas, esas que no salen en las guías y de las que no te hablan en las agencias de viajes. Con todo, viajar a pie es el medio de transporte más lento que hay y la mejor manera de apreciar los detalles, respirar la atmósfera de un lugar, llevarte una impresión acertada de su cultura y sus gentes y, a fin de cuentas, conocer las regiones que recorres. Se trata de un viaje con una cara muy romántica, el contacto con las personas y la inmersión en las culturas y los paisajes que atravieso, pero otra muy dura precisamente por el hecho de hacerlo solo y a pie. Ambas van de la mano y son igualmente intensas y valiosas, las dos se complementan, se dan sentido la una a la otra y hacen que vaya profundizando poco a poco en mi propio universo. Con el transcurso de este viaje, la vuelta al mundo de ahí fuera se irá convirtiendo, al mismo tiempo, en una vuelta a mi mundo interior.

Avanzo a buen ritmo, unos cuarenta kilómetros diarios y sin descanso, y las pequeñas calas van dando paso a largas y extensas playas con desiertos paseos marítimos. Poco a poco, el cuerpo va endureciéndose, así como las plantas de los pies, y las manos y la tez están cada vez más morenas; cada día tengo que luchar contra la suciedad bañándome en las playas a pesar de que el agua está todavía fría. El ritmo del viaje va cambiando también, me acuesto antes, prácticamente cuando el sol se esconde, y a las siete de la mañana, con los primeros rayos de luz, me visto, recojo el campamento y desayuno. El hecho de no estar en mi país y no manejar bien el idioma hacen que evite a toda costa situaciones problemáticas, por ejemplo, ser sorprendido por la policía en la tienda de campaña y tener que dar explicaciones o, peor todavía, tener que pagar una multa. Ahora paso desapercibido por los sitios, salto a la vista por el carrito y la indumentaria que llevo, pero nadie me conoce ni sabe qué se esconde detrás, y supongo que esta sensa-

ción irá en aumento conforme vaya avanzando hacia el este. De momento me siento fuerte, motivado y con ganas de ver cuánto tardo en recorrer Europa, el primer continente, pequeño y familiar, la piedra de toque que me servirá de rodaje y referencia para el itinerario posterior. Lo único que puedo decir es que aquí cada día es una aventura, sé dónde amanezco y hacia dónde voy, pero no tengo ni idea de qué me va a ocurrir cada día, qué gente voy a conocer, qué peligros me acecharán en el camino ni dónde plantaré la tienda para dormir al caer la noche.

REFLEXIONES FRENTE A UNA LATA DE SARDINAS

Estoy sentado dentro de mi tienda de campaña. En mi mano tengo una lata de sardinas y estoy mirándola pensando si comérmela o no. Son las 20:39, el día ha sido largo desde que me levanté a las siete de la mañana y me puse a caminar, y el desgaste es grande. Sin embargo, no tengo claro si la abriré. Ando muy justo de dinero, no tengo patrocinadores y las donaciones son más que bienvenidas, pero, de momento, escasas. Vamos, que con lo que tengo calculo que como mucho llegaría a Australia, eso siendo optimista. Sin embargo, tengo hambre, y pienso también que siempre será mejor ver de dónde saco el dinero y buscarlo para proseguir el viaje que tener que abandonar por mala alimentación y desgaste físico. Y así estoy un rato, pensando, sopesando los pros y los contras, los motivos que empujan a una decisión o a la otra, con la lata de sardinas en la mano. Hasta que al final hago un repaso de todo lo que he comido hoy, y pensando que hay que saber ahorrar y guardar para mañana, devuelvo la lata a la bolsa de comida. Y tal vez mañana, cuando tenga más medios y el país en el que me encuentre sea más barato, me dé un capricho.

Los días cada vez son más largos, amanece antes y anochece más tarde, por lo que avanzo grandes distancias, pero no puedo poner la tienda hasta que no ha caído el sol para evitar ser visto, aun estando cansado. Además, hay tanto viñedo, camino privado y finca vigilada que cuesta encontrar un rincón tranquilo para dormir. El carrito lo dejo siempre fuera de la tienda, no llevo cadena ni candado con que atarlo, por lo que trato de extremar

siempre las precauciones a la hora de buscar un sitio seguro para pernoctar al aire libre. Me adentro por caminos de tierra y voy acampando entre árboles, pequeños bosquejos, playas, praderas, cultivos y algún camping y hostel puntual, en los que instalo por una noche mi morada itinerante.

Siempre hacia el este, muchacho, siempre hacia el este, hacia donde nace el sol. Atrás quedaron familia, amigos, un hogar, ahora caminas solo, muchacho, con cada amanecer, siempre hacia el este. Con las manos sucias y la tez morena, los pies en el suelo y el corazón en las nubes, sólo los pájaros y el viento te acompañan, muchacho. Eres libre y salvaje, éste es tu momento, duermes en los bosques, atraviesas ciudades, cruza desiertos, eres dueño de tu tiempo. Camina, pues, muchacho, siempre hacia el este...

Qué bonita me parece Arlés, junto al Ródano, población a la que el pintor holandés Van Gogh viajó a finales del siglo XIX atraído por la luz y el color de la Provenza. Paso un día caminando por sus calles, la terraza del café La Nuit y el anfiteatro romano, con la sensación de estar dentro de uno de sus lienzos. Siento pena y rechazo al transitar por la que antaño debió de ser una costa preciosa, la Costa Azul, desde Cannes hasta Mónaco, un paraíso de pequeñas calas y acantilados en un inmejorable clima mediterráneo y que, sin embargo, contemplo con mis ojos cómo está completamente atestada de edificios, gente y comercios, entre los que apenas pueden respirar los árboles. Cruzo Niza por su largo paseo marítimo, duermo en una pequeña calita en Cap-d'Ail y al día siguiente, tras levantarme con un hermoso amanecer y darme un baño en el mar, atravieso el Principado de Mónaco en vísperas del gran premio de automovilismo de Fórmula 1 que tendrá lugar unos días después.

El sábado 11 de mayo alcanzo Menton, la perla de Francia, y tras salvar corriendo una serie de túneles criminales en los que te juegas literalmente la vida, cruzo la frontera con el que ya es mi tercer país: Italia. Una rápida y bonita travesía de apenas diecio-

cho días por el litoral mediterráneo y Francia queda atrás, consciente de que esto no ha hecho más que empezar, pero contento de comprobar cómo, poco a poco, con coraje e ilusión, voy avanzando y materializando el sueño.

Italia

Los días, como los paisajes, se van sucediendo uno detrás de otro frente a mis ojos como en una película, todos únicos y especiales, pero perfectamente hilados y orquestados, sin brusquedades, a la velocidad perfecta para conocer el mundo que da el caminar. Me despierto al alba, cuando el cielo comienza a clarear, y camino hasta el atardecer; mis hábitos diarios se van sincronizando con la luz del sol, mientras mi cuerpo y mi espíritu se acostumbran de un modo natural a pasar las veinticuatro horas del día a la intemperie, en contacto con los elementos.

Alcanzo las poblaciones de Latte, Ventimiglia y San Remo en la que es mi primera jornada por Italia. Acampo en una arboleda de eucaliptos frente al mar y me meto en el agua para asearme y lavar algo de ropa entre las olas, deshacerme del sudor y sustituirlo por la sal, y relajarme secándome sobre las rocas con los últimos rayos, mirando el mar y el sol esconderse tras el horizonte. La libertad es un concepto muy romántico, cada día es una aventura en la que te vas fundiendo con la naturaleza, pero también es duro y hay que valer para ello, te tiene que gustar y has de saber desenvolverte, ser capaz de renunciar a la estabilidad y a las comodidades, soportar la soledad, la incertidumbre, el frío y el hambre. No es fácil estar sucio cuando estás acostumbrado a una ducha diaria, tener hambre cuando estás habituado a comer tres veces al día. Tienes que endurecerte, tal vez ser también más espiritual, y saber encontrar la fuerza y la belleza de la vida en un lugar diferente a lo meramente material. La libertad te desconecta de una parte del mundo para conectarte con otra realidad.

* * *

Los kilómetros van cayendo poco a poco bajo mis pies, demostrando, como rezaba una valla publicitaria que encontré en el camino y que parecía estar ahí puesta mágicamente, que con pequeños pasos se puede llegar muy lejos (*Con piccoli passi, si può arrivare lontano*), siempre con constancia y esfuerzo, claves fundamentales que se esconden tras todos los grandes logros y conquistas. Voy bordeando el mar, y recorriendo los pueblos de la preciosa costa de la Liguria, sencillos, tranquilos y auténticos, con sus puertos de pescadores, suelos empedrados y casas de colores. En Savona coincido con los primeros viajeros a pie que me encuentro en mi viaje, dos chicos que van de Rumanía a Tarifa (España) caminando y empujando un carrito naranja, compartimos algo de información sobre lo que nos vamos a encontrar por delante y, tras darnos un fraternal abrazo, continuamos cada uno nuestro viaje. El miércoles 15 de mayo alcanzo la histórica Génova. Un grupo de amigas me espera por la tarde en la Piazza de Ferrari. Lo que yo ignoro es que Génova se extiende a lo largo de más de veinticinco kilómetros por el litoral y el punto en el que hemos quedado se ubica precisamente en el otro extremo de la ciudad. Se puede imaginar el lector mi cara cuando entro en Génova tras cubrir una etapa de cuarenta y cinco kilómetros y descubro que todavía me quedan veinticinco más. Obviamente, llego tarde al encuentro, sin embargo, me dan una calurosa bienvenida y desaparece cualquier signo de cansancio. Al día siguiente, me despido de la costa y prosigo mi travesía rumbo al este por el interior de Italia. Atrás queda el mar Mediterráneo que lleva acompañándome desde la lejana Tarragona y me adentro entre las verdes montañas, los caudalosos ríos y los profundos y tortuosos paisajes del valle del Trebbia cuando, pasada una población llamada Loco, tengo uno de los días más difíciles hasta la fecha.

Tras pasar toda la noche lloviendo acampado en la montaña, recojo la tienda y me pongo en movimiento cuando la lluvia me da una tregua. Lo primero que hago es arreglar el pinchazo de una de las ruedas del carrito —la noche anterior, al adentrarme en el bosque buscando un lugar para acampar, debió de clavársele algo—. Cambio la cámara, pero al no limpiar bien la cubierta y quitar el

cristal responsable del pinchazo, al poco de estar caminando vuelvo a pinchar mi segunda cámara y no me queda más remedio que volverla a cambiar y poner la tercera y última que tengo de repuesto, eso sí, tras revisar bien la cubierta y asegurarme de que está limpia. Al poco, vuelvo a pinchar la tercera cámara, ¡perfecto, las tres pinchadas y tengo un solo parche! Justo entonces, rompe a llover con fuerza. Arreglo con la mayor brevedad posible una de las cámaras con el parche de que dispongo mientras la lluvia me va mojando por completo y, con el parche recién puesto y sin esperar siquiera a que seque el pegamento, reanudo la marcha. Parece que aguanta, pero llueve mucho y me estoy empapando. Aprieto el ritmo y comienzo a buscar con urgencia un lugar donde refugiarme. Al cabo de un rato encuentro una iglesia en un pueblo abandonado, la puerta está cerrada, así que acampo bajo el tejadillo de la entrada. Monto la tienda para que se vaya secando la humedad de la noche anterior, me cambio y me pongo una muda seca y caliente, mientras improviso un cordal para tender la ropa mojada y observo cómo la rueda que he arreglado por última vez se va desinflando también. Mi idea era llegar mañana a Piacenza, donde mis amigas de Génova vendrían a hacerme una visita, pero me va a ser imposible llegar, así que decido llamarlas para que nos veamos en alguna población anterior y me traigan parches y, justo cuando me responden y comienzo a explicarles la situación, se me acaba la batería del móvil. Como es domingo y estoy en la montaña, no he podido encontrar ninguna tienda abierta, así que estoy también sin comida. Hago balance de la situación: con las ruedas pinchadas, sin parches, sin batería ni comida, pero con agua, un tejado y una sonrisa... escribo una canción.

*Algunos dicen que estoy loco,
otros dicen que por poco,
yo no sé por qué lo dicen,
yo no sé qué carajo les hice.
Camino diferente, solitario,
cada día es algo extraordinario,
hijo de la Tierra, hijo del viento,
me acompañan los elementos.*

*Vivo la vida dueño de mi tiempo,
me siento tranquilo a saborear el momento,
camino hacia un nuevo horizonte
tan mágico y lindo que no tiene nombre.
Duermo en las playas, duermo en los bosques,
huelo a mar y huelo a monte,
dentro de mi alma llevo un duende
y una pena muy grande, nadie la comprende.
Soy humilde y sencillo,
ésa es mi grandeza, la luz con que brillo,
mira, niña, me tienes delante,
así soy yo... Soy caminante.*

Es el día más difícil hasta la fecha cuando apenas llevo dos meses de viaje; sin embargo, no me voy a echar atrás ante las primeras dificultades, menos aún con todo lo que tengo todavía por delante. Sé que estoy muy lejos de mis límites en la lucha por la supervivencia, que estas penurias son insignificantes comparadas con lo que está por venir, y que incluso llegará un día en los próximos años en que será normal quedarse sin batería, mojarse con la lluvia, no tener comida... Es más, me hacen sentir que la aventura va cobrando cada vez un tinte más auténtico y empiezo a vivir situaciones que me van poniendo a prueba. A la mañana siguiente salgo temprano de la iglesia, abandono el pueblo e inflando cada cinco minutos la rueda pinchada consigo llegar a Marsaglia. Desayuno, cargo la batería del móvil y quedo en Bobbio con Sandra, Nuria y Esther, las tres mosqueteras que vienen al rescate en tren desde Génova con una bolsa cargada de comida, regalos y parches. Y lo que pudo ser un momento de apuro queda en una anécdota que compartir entre risas y una lección para el resto del camino: cambiar las ruedas antes de que estén muy desgastadas.

Estoy sentado en un banco a la sombra, a las puertas del cementerio de Pizzolletta, un pueblo al norte de Italia, cerca de Verona. Últimamente, desde que el otro día dormí cerca de uno, estoy descubriendo que los cementerios son sitios tranquilos, de paz y silencio, con algo mágico y

misterioso en el aire que le hace a uno pensar. Veo las fotos y los nombres de unas personas que en su día vivieron en este mundo, pero que ya no lo harán nunca más, y encuentro algo de cercano y familiar en todas ellas, como si las conociera de antes, como si supieran algo y me lo quisieran decir con la mirada. Y tal vez no sea más que, aunque la historia se repita una y otra vez con distintas caras y distintos rasgos, todos estamos en este mundo de paso y nos iremos de él antes de que nos demos cuenta y sin saber nada. Que la vida es un sueño fugaz, y nosotros somos apenas insignificantes. Pero que, mientras tengamos la suerte de estar vivos, no debemos dejar pasar ni la más mínima partícula de tiempo sin tratar de ser felices, luchar por nuestros sueños y decirles a nuestros seres queridos cuánto los queremos. Porque al final es lo único que de verdad tenemos y lo único que nos llevaremos.

Prosigo recorriendo el noreste de Italia, la región del Véneto, durmiendo en cultivos, debajo de algún puente y aprovechando las fuentes de los pueblos para lavarme la cara y los dientes como un auténtico vagabundo ante la curiosa mirada de la gente. Cada vez estoy más cerca de Eslovenia, a mi izquierda trascurren las cumbres nevadas de los Alpes, pero continúa lloviendo todos los días y las nubes negras apenas me permiten distinguirlas. El sábado, 1 de junio, tras una buena noche acampado cerca de Cervignano del Friuli, me levanto a las siete de la mañana, para mi sorpresa con el cielo despejado, desayuno pan con Nocilla y me pongo en marcha rumbo a la frontera con Eslovenia, que dista unos veinte kilómetros. Los carteles no son muy claros, unos marcan la dirección de Gorizia, otros la de Trieste, y yo quiero ir hacia Liubliana; tampoco tengo muy estudiada la ruta, en principio había planeado entrar por Monfalcone. Pregunto a una mujer que me encuentro por el camino cómo llegar a Liubliana *a piedi*, pero se muere de la risa y no entiendo nada de lo que dice, así que me acabo guiando por la intuición, dejando las montañas al norte y el mar al sur; al fin y al cabo si quiero entrar a Eslovenia lo único que tengo que hacer es avanzar hacia el este. A media mañana, tras cuatro horas de caminata, dejo atrás Italia y pongo por primera vez en mi vida los pies en Eslovenia, el primer país completamen-

te nuevo y desconocido que encuentro en mi viaje. Salgo de la Europa occidental, familiar y segura, y me adentro en los países de la antigua Yugoslavia. Hay un salto cualitativo, una diferencia, estoy rebasando algo más que una simple línea en el suelo. Lo primero que veo es a un ciclista pedaleando por el arcén que, al verme, levanta un brazo y me grita desde el otro lado de la carretera: *Dobrodošli!*

Caminar es el medio de transporte más lento y antiguo que existe, al que no prestamos atención y apenas valoramos porque es gratuito, lo realizamos desde temprana edad y damos por sentado que va a ser siempre así. Sin embargo, caminar es un regalo, otro tiempo, otra realidad, es un privilegio llegar a los sitios por mi propio pie, reparando en infinidad de detalles que de otra manera pasarían desapercibidos. Caminar, simplemente caminar hacia el horizonte, viendo la brisa mecer la hierba, escuchando el rumor de los árboles, siguiendo las águilas marcándome el camino allá arriba, en el cielo. Y sentarme en una piedra a saborear la vida en el mordisco de una manzana, en el zumbido del abejorro, en el tacto de la tierra con el roce de mis dedos, en el canto del agua, en la grandeza que encierra lo pequeño, en los secretos, las señales y las lecciones que habitan tras lo simple y cotidiano... en la magia y el misterio que se esconde en lo sencillo. Caminar es meditar, observar y aprender, pero también desaprender, deshacerse de todo lo accesorio y superfluo hasta quedar sólo lo esencial, un retorno a los orígenes, una vuelta a las raíces, la demostración literal de que con pequeños pasos se puede llegar muy lejos. ¿Por qué caminar? Porque aun pareciendo una actividad sin ningún tipo de fin, es la mejor manera de estar en el lugar y el momento presentes. Me fui a dar la vuelta al mundo caminando no para hacer un paréntesis en mi vida, si no para abrazarla más intensamente que nunca.

¿Por qué caminar? Porque nunca algo tan sencillo me hizo sentir tan vivo.